Revista Psicoanálisis Nº 32, Lima 2026

"LA ESCUCHA DEL ANALISTA COMO SUJETO CONTEMPORÁNEO"

Encuadres creativos en contextos críticos. El dinamismo del analista frente a la disrupción traumática

Marisa Barembaum*
Patricia Marcos**

Vivir es ser otro. Ni sentir es posible si hoy se siente como ayer se sintió: sentir hoy lo mismo que ayer no es sentir —es recordar hoy lo que se sintió ayer, ser hoy el cadáver vivo de lo que fue la vida pasada.

Fernando Pessoa, *El libro del desasosiego*.

Hay momentos históricos que desgarran la trama de lo cotidiano, sacudiendo nuestras certezas y exponiendo la fragilidad de todo lo que creíamos firme. Lo abrupto se instala en la vida psíquica con violencia: el miedo, la pérdida, el sin sentido, lo irreparable. La identidad parece deshacerse, la sensación de colapso individual y colectivo arrasa la experiencia de lo humano.

En este contexto y frente a lo que el Congreso[1] nos propone pensar nos preguntamos: ¿Qué puede ofrecer el psicoanálisis frente a un contexto de destrucción donde la realidad social golpea tanto a pacientes como a analistas?

---

* Psicoanalista de la Asociación Psicoanalítica de México (APM). Licenciada en psicología con especialidad en psicología clínica por el Ministerio de Salud de Israel (Centro de Salud Mental de Jerusalem). Ex Maestra de la maestría general y de la maestría de niños y adolescentes de la APM. Trabaja en salud pública en Israel y en la consulta privada con adolescentes y grupos de la tercera edad. <marisasabarem@hotmail.com>

** Licenciada en psicología con diploma de honor por la Universidad Nacional de San Luis, Argentina. Miembro Adherente del Grupo de Estudio Psicoanalítico San Luis (GEPSaL). Diplomada en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes por la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA) y el Instituto Universitario de Salud Mental de APdeBA. Ha presentado trabajos en congresos y simposios de las diferentes Sociedades de Argentina. <patriciamarcos69@gmail.com>

1. Nos referimos al El 54 Congreso Internacional de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) "El psicoanálisis: un ancla en tiempos caóticos" celebrado en Lisboa, Portugal, del 30 de julio al 3 de agosto de 2025.

Si bien creemos que, en tiempos tormentosos, el psicoanálisis puede constituirse en un ancla que permita cierta estabilidad psíquica para pensar, sentir y sobrevivir, nos interpelamos, ¿puede el psicoanálisis realmente convertirse en ese ancla cuando vivimos en una velocidad de cambios intrincados, violencias incalificables, tolerancias inadmisibles y precariedades de lo humano? ¿Puede el psicoanálisis contener emociones turbulentas generadas por la crueldad de las guerras, por las miserias extremas, las pandemias, las amenazas nucleares y la digitalización de nuestros vínculos?

Cuando los que ostentan poderes no proponen discursos integradores, sino que agudizan la intolerancia a las diferencias, el terreno se fertiliza para escenarios de caos, fundamentalismos, dictaduras y guerras. Estas realidades generan un franco rechazo a todo lo que impulse la vida, el encuentro y la capacidad de empatizar.

Estos sucesivos interrogantes fueron emergiendo en medio del caos. Nuestro encuentro, el de una analista argentina y otra israelí, nos impulsó a ensayar posibles respuestas. Esta clínica que nos enfrenta a vivencias de dolor extremo, potenció la necesidad de dialogar como colegas. Nuestra preocupación: las rupturas sucesivas del encuadre que desafiaban nuestra tarea.

Encuadres creativos frente a contextos destructivos: Pulseada al dolor cuando la realidad desteje el encuadre

¿Qué buscamos cuando estamos en situación de trabajo analítico? Básicamente posicionarnos para entender, descubrir cómo producir algo diferente a partir de otra mirada, proponer nuevos sentidos y significado al malestar.

Janine Puget, 2010

No encontramos definiciones de la palabra "encuadre" en el diccionario de la RAE, solo referencias al verbo encuadrar, aplicado a la fotografía y al cine. Una definición que coagula aspectos fácilmente cedibles al encuadre psicoanalítico, porque refiere a un recorte de la realidad para destacar el centro de interés y excluir lo que genere distracción. El Diccionario enciclopédico interregional de la API, nos ofrece mayores precisiones. Allí el encuadre psicoanalítico es definido como: "*Las condiciones estables y necesarias para llevar a cabo la investigación y transformación de los fenómenos psíquicos, en especial aquellos relacionados con el inconsciente, en un entorno terapéutico específico*".

El concepto de encuadre no fue mencionado por Freud, pero estaba implícito desde el comienzo, como las condiciones constantes que hacen posible el desarrollo de la tarea (Freud, 1905, 1912, 1913). Fueron Bleger, Baranger, Winnicott y

Green, algunos de los referentes indiscutibles en el desarrollo de este concepto medular para nuestra práctica clínica. Bleger (1967) centra sus ideas sobre el encuadre en aquellas disposiciones, explícitas o no, que nos aseguran un mínimo de interferencia al proceso que se desarrolla entre paciente y analista, es decir "las constantes dentro de cuyo marco se da el proceso".

Estas constantes, dentro de las cuales se da el proceso, constituyen lo que Baranger definió como un *no-proceso* (Baranger, 1983) necesario para llevar adelante el proceso analítico. La dialéctica particular del proceso analítico es una alternancia de momentos de proceso y de no-proceso. La situación analítica funciona como un fondo de relativa permanencia en relación con formas cambiantes según los aspectos que se vayan activando durante el vínculo. Este fondo está constituido por un contrato o pacto entre paciente y analista, que alude a las pautas estables y constantes de espacio, tiempo, conducta y tipo de relación, creando un espacio analítico seguro y posibilitando un proceso exitoso (Etchegoyen, 1997).

Bleger plantea la idea de transformación de este encuadre, de este no-proceso, en algo variable, o sea en otro proceso, alterando su función de permitir el desarrollo del proceso analítico. Este encuadre implícito es mudo, se constituye como una organización más primitiva e indiferenciada, que solo se manifiesta cuando amenaza con romperse: "Lo que siempre está, solo se percibe cuando falta" (Bleger, 1967). Siendo winnicottianos, sería el ambiente facilitador el que permite y habilita, al igual que el encuadre, la posibilidad de subjetivación de la persona. Green llamará a los elementos propios del encuadre, el "estuche" que, más allá de su forma, sólo tiene sentido si guarda algo vivo en su interior. Lo vivo es la actitud del psicoanalista a quien él llama matriz activa (Green, 2008).

No es discutible la importancia de mantener estable el encuadre y los pormenores que se pueden producir si se quiebra. Tanto la dependencia como la organización psíquica más primitiva del paciente sólo pueden ser analizadas dentro del encuadre del analista, por lo que sus características son fundamentales para ayudar a restablecer esta simbiosis primitiva a fin de poder modificarla. En definitiva, es condición que se vaya constituyendo un encuadre interno implícito útil para comprender los aspectos más primitivos del vínculo transferencial.

¿Pero qué ocurre si este encuadre se vuelve cambiante, si pierde su función de estabilidad? En este hilván fue donde surgieron los interrogantes que inspiraron este trabajo. ¿Cómo mantenemos este borde indispensable sin interferencias, cuando nuestra actualidad geográficamente diferente, pero emocionalmente compartida, se ha visto conmocionada por el estallido de la guerra en Israel y la crisis económica extrema que atraviesa la Argentina? ¿Cómo logramos transitar senderos cuyos diseños no podrán, en estas circunstancias, mantener permanencia ni estabilidad y en ocasiones constancia? Las encrucijadas actuales

nos demandan una práctica innovadora que no quede reducida a una técnica estereotipada. Cuidando que la ortodoxia no borre el espacio para la imaginación. Lo novedoso tiene que hacerse lugar en el proscenio de lo tradicional, que pretende favorecer lo instituido. Proponemos aventurarnos en el tradicional contrato analítico, bajo la convicción de que puede ser modificado y que no es infalible. Cuando atendemos la singularidad de cada análisis, intentamos un libreto particular para cada tratamiento, sin claudicar.

Cuando nos encontramos sumidos en un terrible dolor, en realidades tan adversas como a las que ambas nos enfrentamos, existe la posibilidad de construir defensivamente lo que Steiner (1995) denominó refugios psíquicos. Espacios seguros, bunkers protectores contra toda invasión externa que genere tensión, y que, como contrapartida, impida el encuentro. Coincidimos en que el único refugio posible que evitará ser desalojadas de nuestra responsabilidad analítica, sería aquel que tuviera como soporte las elaboraciones de nuestro propio proceso y encuadre interno.

Nos mantuvimos fundadas en el concepto de "ensueño" (*rêverie*) de Bion (1962), como el "estado anímico que está abierto a la recepción de cualquier *objeto* (…) capaz de recibir las identificaciones proyectivas del (…) paciente". Las conceptualizaciones de Bion consideran medular la idea de encuadre interno como posición subjetiva del analista ligada a sus aspectos inconscientes y no a pautas predeterminadas de manera universal y atemporal. Cada analista deberá enfrentarse a sus propias ataduras, resistencias o dificultades.

Juntas nos propusimos ofrecer la posibilidad de movimiento, de marcar otros caminos y allanar nuevos senderos con el propósito de fomentar un diálogo hermenéutico como elemento constitutivo de un encuentro. Ante tanta ruptura la escritura nos ordena, nos encuadra. Escribir juntas en la distancia nos permitía unirnos en un mismo sentir, con la intención de darle forma a lo vivenciado. Pero escribir en medio de una guerra o de una crisis económica extrema que nos sacude los ánimos, no es lo mismo que hacerlo en circunstancias ordinarias. La escritura se nos ofrece como una oportunidad de reencontrarnos con nosotros mismos, es una forma de amarrar, nos permite teorizar. En este vértice las teorías también pueden operar como refugio, como lugar seguro, como una defensa intelectual necesaria en estos tiempos anárquicos.

Pero si de palabra hablamos, no podemos restarle protagonismo al diálogo del psicoanálisis con los parámetros culturales y sociales que lo atraviesan. Existe una matriz psicosocial que no solo configura al paciente sino también al analista. Tanto los discursos de los pacientes como el modo interpretativo y el ejercicio profesional se encuentran permeados por las pautas y tensiones del entorno social y cultural en que vivimos. Claramente, no es la misma intervención que hace un analista en la actualidad bélica de Israel, donde la muerte y

la violencia cobran dimensiones antes desconocidas, o la que se despliega en una Argentina donde cada DNU (Decreto de necesidad y urgencia) emitido por el poder ejecutivo, parece desgarrar inefablemente el ya precario entramado social, dejando a los trabajadores sumidos en una creciente sensación de desamparo. ¿Acaso podríamos pensar que las intervenciones que probablemente hubiera hecho Freud en la Viena de su tiempo serían semejantes a las que podemos ofrecer hoy?

En Israel, pacientes se presentan en el lobby de un hotel donde permanecen refugiados de los ataques que arrasaron con su casa, y sin poder ni siquiera apoyarse en la idea de un futuro cercano y donde no hay ni siquiera un "consultorio" o espacio de intimidad para ofrecerle a tanto dolor. ¿Cómo sostener un encuadre psicoanalítico cuando en el medio de una sesión suena la alarma y ambos, paciente y analista, corren a buscar un refugio contra los misiles que caen? O, en Argentina, ¿cómo pensar en la continuidad de un proceso cuando los pacientes no pueden sostener el arquetipo de cada sesión y se comunican diciendo: "¿Puede llamarme usted por favor porque no tengo dinero para poner crédito en el teléfono o me cortaron internet por no poder pagarlo, me presta wifi? ¿podemos esta semana hacer la sesión virtual porque no tengo para pagar el abono del colectivo y trasladarme hasta el consultorio, pero no quiero perder la sesión? La precariedad se cuela por todos los intersticios. María de 16 años escribe un mensaje avisando que no llegará porque las manifestaciones y piquetes (cortes de calles) no la dejaron llegar, pero necesita tener la sesión aunque sea sentada en una esquina porque a su papá lo despidieron del trabajo y no podrá pagar su viaje de egresada a Bariloche. Está muy angustiada. Paula de 22 años manda un mensaje preguntando si es posible tener una sesión más corta, y pagar un honorario reducido para no perder continuidad, justo cuando a su mamá le redujeron el sueldo y la jornada laboral. Ya no podrá pagar su cuota de la facultad y tendrá que dejar su carrera. Esta situación la llena de un gran enojo y dolor ante el desmoronamiento de su futuro profesional. La desilusión y la tristeza de estar obligada a abandonar.

Frente a estas circunstancias, y quizás también a pesar de ellas, no podíamos dejar de trabajar. Cada día teníamos que salir a sostener los lazos, a ofrecer una palabra, a preservar algo del pensamiento. Para nosotras no hacerlo, no era una opción.

El psicoanálisis es la plataforma por excelencia para considerar y valorar todas las posibles alternativas para la comprensión del funcionamiento de la mente humana. Apelamos a la relación dialogante, donde el énfasis no recae sólo en la interpretación, y en el descifrado de síntomas sino, en la relación analista-analizado. Una interacción ininterrumpida mediante las palabras, los gestos, los silencios, el cuerpo, lo verbal y lo no verbal. La mejor manera de entender el

discurso del otro es dejándose impactar por sus sentimientos, deseos y dolores. Es decir, resonar. Eso sería un encuentro analítico con un analista vivo, que sostiene un diálogo sin fin consigo mismo, donde sus reacciones no solo corresponden a la situación actual, sino que brotan inconscientemente de sus experiencias significativas anteriores, lo infantil en él, los propios miedos y fantasías acerca de su propia pobreza, el temor al hambre y el pánico de perder la vida en una guerra. Aquí es donde el encuadre interno de cada analista —ese sostén invisible que le permite habitar la tarea clínica— depende, en gran parte, de su recorrido personal (su propio análisis, supervisiones, diálogos con otros profesionales) y de su capacidad para acceder a sus contenidos más primitivos.

Con una gran cantidad de viñetas clínicas, podríamos ilustrar cómo el "campo analítico" al decir de Baranger, puede estar habitado por un paciente, un analista y sus temores, sus angustias, sus afectos, conmociones, su sexualidad o su agresión. Estas concepciones son las que suponen una reformulación del tratamiento psicoanalítico. Tratamiento que no puede reducirse al producto de dos mentes delimitadas que se conectan durante la sesión, sino como un "algo más" resultado de dicha interacción. Reciprocidad, correspondencia, regulación mutua pasan a formar parte de nuestro léxico necesario para tratar de comprender el proceso, la intervención. El tercer analítico al decir de Ogden, esa matriz compartida que nos envuelve y transforma.

Encontramos algunas respuestas a nuestros cuestionamientos, en el pensamiento crítico, desde la perspectiva relacional del psicoanálisis que considera que, cuando el proceso terapéutico no surge del diálogo empático, fácilmente va a ser de corto alcance, frágil y distante. Se torna fundamental en nuestro escrito, enriquecer nuestra postura con la idea de un encuentro de mundos de experiencia (Benjamin, 1990; Orange, 2016; Stern, 2003). Es decir, la escucha empática supone un encuentro que forma parte esencial del proceso o acercamiento terapéutico. No basta con entender la postura o perspectiva del paciente sino también resonar, estar disponibles para que ese encuentro nos cambie. La premisa que nos atraviesa es: si el otro necesita de mi acción para dejar de sufrir entonces ser psicoanalíticamente responsable implica también actuar.

El pensamiento clínico de Orange (2016), fuertemente influido por la ética de Levinas, señala la importancia de la responsabilidad del terapeuta. Orange propone, con una ética conmovedora, una clínica que hospede, que abra las puertas incluso cuando no haya garantías ni certezas. ¿Pero cómo hospedar cuando nuestra situación también es extrema, cuando compartimos el horror, la fragilidad y el mismo derrumbe? Nos encontramos frente a circunstancias donde no podemos avalar el hecho de que las formas adquieran el carácter de sagrado por encima de los contenidos. Como señala Avenburg (2004), una pintura sigue siendo una pintura aun sin su marco. El encuadre es un sostén, un marco

necesario, pero no un fetiche. Nuestra tarea es mantener, mientras sea posible, esa estabilidad inexcusable que permite sostener el proceso analítico. Pero hay momentos en que esa constancia se tambalea, es allí cuando diseñamos encuadres que se ajustan a las necesidades subjetivas de nuestros pacientes.

Insistimos en la idea de que ante circunstancias tan dolorosas el psicoanálisis no debería ser número de sesiones, uso del diván, uso de la interpretación formal, ni horarios y honorarios rígidos. Trascendemos esa postura y volvemos sobre la idea de que Psicoanálisis es transitar un proceso de apertura en el curso de la vida, de nuevas perspectivas, donde "el encuadre es la forma que cada tratamiento, cada análisis adquiere, cuyo límite es la realidad interna y externa del analizado y del analista." (Avenburg, 2004, p. 30)

Algunas experiencias clínicas que ilustran cómo en un escenario extremo fue necesario apelar a intervenciones no convencionales

El 7 de octubre de 2023, Israel sufrió un ataque por parte del grupo terrorista Hamas que marcó un antes y un después para los que vivimos en ese país. Este atentado no solo produjo una masacre sin precedente (miles de asesinados, cientos de ciudadanos tomados como rehenes, comunidades enteras destruidas, quemadas y devastadas) sino que también desató un trauma colectivo que fracturó las coordenadas habituales que permiten habitar, simbolizar y pensar.

Miles de ciudadanos debieron abandonar sus hogares y se convirtieron en refugiados dentro de su propio país. Este atentado desencadenó una guerra cruenta entre Israel y grupos terroristas extremistas que, al momento de escribir estas líneas, continúa. Como toda guerra, sus consecuencias han sido devastadoras, y los mayores, sino los únicos perdedores, como siempre, son ambos pueblos, la gente, lo humano.

Este trabajo no es un análisis político. Renunciamos a la idea de que exista una única verdad. Existen múltiples perspectivas, cada una cargada de historia, cultura y emoción. Esas diferencias generan distancia, incomprensión frente al dolor del otro y muchas veces, violencia extrema. Nos tocó ser coprotagonistas de conflictos bélicos y socio políticos económicos donde reinaba la desesperación y el padecimiento.

En el intercambio epistolar entre Freud y Einstein en el texto ¿Por qué la Guerra? escrito entre 1932 y 1933, Freud responde a las preguntas de Einstein acerca de ¿cómo es que se despierta en los hombres tan salvaje entusiasmo por la destrucción, incluso hasta sacrificar su propia vida? Einstein observa: el hombre tiene dentro de sí un apetito de odio y destrucción. Freud ampliando la mirada, enfatiza que, frente al desborde de la pulsión de destrucción, como es la guerra y la pobreza, lo natural y necesario, agregamos nosotras, es apelar a la

fuerza contraria, Eros. Todo cuanto establezca ligazones de sentimientos entre los hombres no podrá menos que ejercer un efecto contrario a la guerra y todo lo que promueva el desarrollo de la cultura trabaja también contra la guerra y la destrucción.

Pocos días después del atentado, miles de personas fueron evacuadas a zonas más seguras. Los profesionales de la salud mental nos organizamos en brigadas, salimos a buscar a quienes necesitaban ayuda. No esperamos a que la demanda del paciente surja. No había tiempo para eso. Se ofreció presencia, escucha, palabras, humanidad —sin tener forma ni garantías— queríamos ofrecer contorno al terror vivido, a ese "terror sin nombre" de Bion, que se presentaba ahora inconmensurable.

Todo un pueblo sumido en una angustia cruda, sin acceso a la simbolización. El encuadre clásico —aquel que brinda estabilidad y constancia— resultaba una ilusión ajena a la realidad del momento. Todo estaba desorganizado, todo colapsado, incluso nuestro encuadre interno, aquel que nos sostiene en nuestra tarea analítica.

Valoramos y apostamos a un "no saber" como una disposición clínica que permite animarnos a descubrir misterios. La capacidad negativa en términos de Green. Nuestra posibilidad de sostener y tolerar la incertidumbre, las contradicciones y la ambivalencia. Esta vez se trataba de otro tipo de no saber: era un no saber desbordado de angustia, desconcierto, desamparo. Un absoluto caos.

Retomando las experiencias vividas en aquel momento luego del atentado, Yair, un joven de 25 años que sobrevivió al ataque escondiéndose de los terroristas que entraron a su casa y que luego fue evacuado a un hotel junto a personas de su comunidad, se acercó con timidez, pidiendo perdón por molestar ya que —según él— otros estaban peor. Nadie de su familia había muerto, decía, y por eso no quería quitarle espacio a quienes "más lo necesitaban". Le respondí que, si él estaba allí, seguramente había vivido algo muy difícil, y que me gustaría escucharlo.

Buscamos un rincón del hotel algo más silencioso y privado, nos sentamos en el césped, bajo la sombra de un árbol y se generó espontáneamente un "encuadre", un consultorio improvisado e íntimo, donde el encuentro, semana tras semana, se daba en el mismo horario y bajo el mismo árbol. Yair repetía una pregunta que lo angustiaba mucho: ¿qué puedo hacer para no desarrollar una patología postraumática? El miedo a secuelas psíquicas imborrables era enloquecedor. La demanda, una intensa necesidad de reencontrarse con él mismo. Sentía miedo de no sentir, de no poder dormir. De soñar y de no lograr soñar (en todas las dimensiones posibles). Se sentía ajeno a sí mismo, desconocido y muy asustado.

También Eitan y Merav, una pareja que solo aceptó hablar si lo hacían juntos. Necesitaban tener un momento de intimidad entre ellos. Otra adaptación al en-

cuadre. El consultorio en este caso era una pequeña sinagoga del hotel, el único lugar tranquilo que encontramos. Aunque no eran personas religiosas, aquel sitio se fue convirtiendo en un espacio casi sagrado. Aquellos, se fueron convirtiendo en espacios irrenunciables.

¿Qué lugar tiene el psicoanálisis en este atlas del horror, ¿Qué papel juega este ecosistema caótico en nuestra práctica? ¿Tiene el Psicoanálisis las herramientas para cumplir con esta inmensa tarea cuando debe enfrentar el salvajismo, la brutalidad y la barbarie provocada por la modalidad extractiva de un sistema que limita la posibilidad de construir proyectos, fomenta la apatía, la depresión y la destrucción?

Allí aparecían en cada sesión semanal sentimientos confusos: miedo, enojo, esperanza. ¿Cómo construir un nuevo presente, cómo imaginar un futuro cuando el desconcierto reinaba? No había encuadre clásico en ningún caso, pero se fue construyendo uno, frágil y provisorio en cada encuentro. Con cada uno de los pacientes el encuadre era particular y diferente, un encuadre móvil. Un árbol, la sinagoga, un sillón olvidado en un pasillo silencioso, una esquina en medio de una manifestación, algunos mensajes de Whatsapp. El devenir fue lo más estable que se tuvo. En medio de una inmensa orfandad emocional, la contingencia de un vínculo —de una escucha sostenida, de una presencia— se volvía un ancla.

Las consecuencias silenciosas de tanto malestar y tanta agresión pueden ser comprendidas con el modelo de lo traumático, no sólo en el sentido clásico del ingreso de una cantidad excesiva de estímulos que no tiene representación psíquica, sino también desde la teoría del trauma de Ferenczi (2011) según la cual la ausencia, el abandono afectivo, el no tener nadie a quien recurrir, favorece la retracción narcisista, el aislamiento, el refugio. Es decir, lo traumático ya no sería sólo para eventos extraordinarios, sino para aquello que sucede todos los días.

Lo traumático pasa a estar definido por la incapacidad del otro a ser receptivo y caritativo con el sufriente, como dice Donna Orange. Frente a la indiferencia generadora de trauma, la hospitalidad, la apertura y la heterodoxia resultan formas de alojar el dolor.

El temor a desarrollar una patología traumática, como en el caso de Yair, se expandía como un virus, como una epidemia, similar a lo vivido durante el Covid-19.

Saramago (2020), en "Ensayo sobre la ceguera", describe el miedo a perder la vista, en su sentido literal y metafórico, quedar "ciegos", incapaces de ver, de pensar, de sentir. Nadie quedó exento de aquellas situaciones traumáticas, la guerra, la pobreza, la muerte, el derrumbe de sueños. Pero su impacto era profundamente único en la subjetividad de cada uno. La experiencia traumática arrebataba la ilusión y la fantasía de que es posible comprender y o controlar nuestras vidas. La muerte, la finitud se volvieron un hecho, algo irrefutable.

Las personas traumatizadas suelen tener enorme dificultad para pensar en el futuro, su subjetividad queda en muchos casos detenida en el tiempo, atrapadas en un presente constante, un presente tirano, sin lugar para la memoria ni para el deseo. La función del futuro, como proceso psíquico, queda bloqueada. Sin deseos no hay proyectos posibles.

No se puede concebir un desarrollo subjetivo sin pensar en los deseos como timón hacia el futuro pero, la situación analítica no puede limitarse a sostener y escuchar los deseos, sin contemplar la realidad y los valores como ejes vertebrales de la constitución psíquica.

Cuando Freud puntualiza los conocidos vasallajes del yo, refiere que el yo se las tiene que ver con los otros, con la realidad. No solo la sociedad y la realidad internalizadas, sino también con el contexto socio histórico que lo envuelve. De allí que no podemos dejar de pensarnos como sujetos en devenir. Comprendemos la historia como un movimiento incesante que va del presente hacia el futuro protagonizado por los ideales, que habilitan el investimento del futuro y la posibilidad de generar un proyecto. Pero convivimos con una grieta dolorosa ya que no siempre conciliamos con los contratos narcisistas compartidos por el colectivo social al que pertenecemos.

A lo largo de la historia, el paciente argentino es un paciente traumatizado, dice Hugo Lerner. Ha transitado por muchas crisis sucesivas: el terrorismo de estado durante la dictadura militar, la guerra de Malvinas, épocas de hiperinflación, crisis económicas y sociales profundas (de 2001 y 2002), la hiperdesocupación reciente. Sumergido durante décadas en una angustia colectiva, ha convivido con la sensación de que todo puede desmoronarse en cualquier momento. Con decisiones regidas por políticas de Estado que funcionan como severos obstáculos para la ilusión en pos de ideales. Mitchell (2003), en su libro "Esperanza y miedo del psicoanalista", habla de cómo el deseo de aliviar el sufrimiento del otro convive con nuestras propias limitaciones y miedos. La realidad participa sustancialmente no solo en la construcción subjetiva, sino también en el diseño del campo analítico.

¿Estaremos en condiciones de soportar el dolor del otro sin colapsar?

La apuesta, frágil pero persistente, pretende inscribir algo en el vacío que dejó el trauma. Es una posición ética. La esperanza no es ingenua, habita en los pequeños gestos: sostener una sesión como se pueda, tolerar el silencio, nombrar lo innombrable. En esos actos mínimos, el analista ofrece una forma de presencia que puede ser el inicio de un trabajo psíquico.

El fracaso en nuestra tarea analítica no tendría tanto que ver con las especificaciones del encuadre sino con nuestra imposibilidad de hacer entrar al paciente en contacto con su realidad psíquica, es decir, lograr movilizar el funcionamiento mental del paciente en el sentido de lograr aproximarnos a la elaboración en la situación analítica.

"El verdadero objeto analítico no se sitúa ni del lado del paciente ni del lado del analista sino en la reunión de esas dos comunicaciones dentro del espacio potencial que se extiende entre ellos, un espacio transicional limitado por el encuadre, que se rompe en cada separación y se reconstruye en cada nueva reunión". (Green, 2008, p. 72)

Como analistas somos testigos no neutrales. Escuchar a alguien que ha perdido todo —familia, hogar, trabajo, cuerpo, sentido, sueños,— conmueve, desestabiliza. La contratransferencia se tiñe de tristeza, impotencia, confusión. Esta es una clínica del límite: del lenguaje, de la representación, de lo soportable. Pero también, paradójicamente, una clínica de la esperanza. Allí donde la palabra parecía abolida, algo puede emerger, sostenido en el lazo.

El acto analítico es un acto esperanzado, cuida y confía —una y otra vez— en que algo del vínculo puede restituir humanidad donde todo había sido deshumanizado.

El trauma extremo nos enfrenta con lo insoportable. Pero también nos convoca a ofrecer una presencia que no huye. Esa, creemos, es la tarea más ética y humana del analista: sostener el lazo, sin claudicar, aún en medio de la oscuridad.

Referencias

Byung-Chul Han (2009). *El aroma del tiempo*. Editorial Herder.

Cabré, M (2008). Mas allá de la interpretación: la concepción psicoanalítica del trauma en Ferenczi y la cuestión de la temporalidad. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*. Número 11-12, pp. 243-248.

Ferenczi, S. (2011). *Obras Completas*. Editorial Hormé.

Freud, S. (1916). La transitoriedad. En *Obras Completas*, Vol. XIV, pp. 305-312. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1930 [1929]). El malestar en la cultura. En *Obras Completas,* Vol. XXI, pp. 57-140. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1932-1933). Por qué la guerra. En *Obras Completas*, Vol XXII.

Green, A. (2008). La representación y lo irrepresentable en la práctica contemporánea. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 2008; 106:110-119.

Green, A. (2008). *De Locuras privadas*. Amorrortu Editores.

Mitchell, S. (2003). הזילנאוביספב דחפו הווקת (Esperanza y miedo en el psicoanálisis) Editorial Toelet Sfarim.

Orange, D. (2013). El extraño que sufre: actitudes para la comprensión y la respuesta clínica cotidiana. Clínica e Investigación Relacional, 7 (1) pp. 33-44.

Puget, J. (2010). Interpretaciones e intervenciones psicoanalíticas. *Docta Revista de Psicoanálisis*.

Puget, J. (2015). *Subjetividad, Discontinuidad y Psicoanálisis. Incertidumbres y Certezas*, p. 65. Lugar Editorial.

Real Academia Española. (2024). *Diccionario*. En http//dle.rae.es

Samna, R. (2017). דיתעה תיצקנופ חותיפו סוקישה לע .וישרושמ קחרתמה חמצ לש תונשקעב. Sihot, book 32-1 pp. 37-47 ("Con la obstinación de una planta que se aleja de sus raíces. Sobre la reconstrucción y el desarrollo de la función del futuro". Traducción nuestra)

Saramago, J. (2020). *Ensayo sobre la ceguera*. Penguin Random House Grupo Editorial.

Silva, M.L. (2022). Lo posthumano, el juego y la realidad. *Caliban. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis. Volumen 20* (N° 2), pp. 40-53.

Steiner, J. (1995). *Refugios psíquicos.* Biblioteca Nueva (1997).

Winnicott, D. (1979). El papel de espejo de la madre y de la familia en el desarrollo del niño. *Realidad y Juego.* Gedisa.

Yankelevich, A. (2011). Psicoanálisis en tiempo de 150 caracteres. Impacto de la tecnología en el psiquismo y la práctica psicoanalítica. *Psicoanálisis. Revista de APde BA,* Vol. XXXIII, N°2, pp. 369-376.

Yankelevich, A. (2023). *La comunidad de los que escuchan*. En https://www.pagina12.com.ar/524200-la-comunidad-de-los-que-escuchan.

Velasco Rosas, R. (2023). *Funciones mentales para un psicoanalista contemporáneo*. Paradiso editores.

Resumen

El encuadre analítico se supone como un espacio de sostén y producción de subjetividad en contextos contemporáneos atravesados por fragmentación, aceleración e inestabilidad vincular. Analistas de diferentes puntos cardinales nos vemos convocado a interrogar nuestra práctica y nuestra función clínica. Como propone Puget, **"¿Qué buscamos cuando estamos en situación analítica?"**, posicionarnos para entender, descubrir cómo producir algo diferente a partir de otra mirada, proponer nuevos sentidos y significado al malestar.

Si bien la estabilidad del encuadre continúa siendo un elemento fundamental del trabajo analítico, las transformaciones sociales y las situaciones de crisis obligan a repensar su funcionamiento. En este sentido, adquiere relevancia el **encuadre interno del analista**, entendido como la capacidad de sostener el proceso analítico incluso cuando el encuadre externo se ve modificado.

En escenarios atravesados por trauma social, catástrofes o desamparo, la función analítica implica **contener aquello que inicialmente no puede ser pensado** (Bion, 1962) y ofrecer un ambiente suficientemente confiable que permita sostener la continuidad del ser (Winnicott, 1960). Tal como plantea Bleger (1967), el encuadre constituye el soporte silencioso del proceso analítico; por ello, cuando se altera, el sostén psíquico del analista adquiere un rol central.

De este modo, la elasticidad del encuadre no implica su desaparición sino su recreación permanente, orientada a preservar el espacio analítico (Green, 2002) y a sostener una ética clínica que priorice el vínculo humano.

Palabras clave: encuadre interno, contención, trauma, guerra, encuentro terapéutico

Abstract

The analytical framework is supposed to be a space for supporta and production of subjectivity in contemporary contexts crossed by fragmentation, accelaretaion and linking instability. Analysts fron different cardinal points are called to question their practice and their clinical function. As Puget proposes, **"What are we looking when we are in an analytical situation?"**, position ourselves to understand, discover how to produce something different from another look, propose new senses and meanign to discomfort.

Althoug the stability of the framework continues to be a fundamental element of analytical work, social transformation and crisis situations force us to rethink its functioning. In this sense, the internal framework of the analyst acquires relevance, understood as the ability to sustain the analytical process even when the external framework is modified.

In scenarios crossed by social trauma, catastrophes or helplessness, the analytical function implies containing what initially cannot be thought of (Bion, 1962) and offer a sufficiently reliable environment to sustain the continuity of being (Winnicott, 1960). As Bleger (1967) proposes, framing constitutes the silent support of the analytical process; therefore, when it is altered, the psychic support of the analyst acquires a central role.

In this way, the elasticity of the framework does not imply its disappearence but its permanent recreation, oriented to preserve the analytical space (Green, 2002) and to sustain a clinical ethics that prioritizes the human bond.

Key words: internal framing, containing, trauma, war, therapeutic encounter